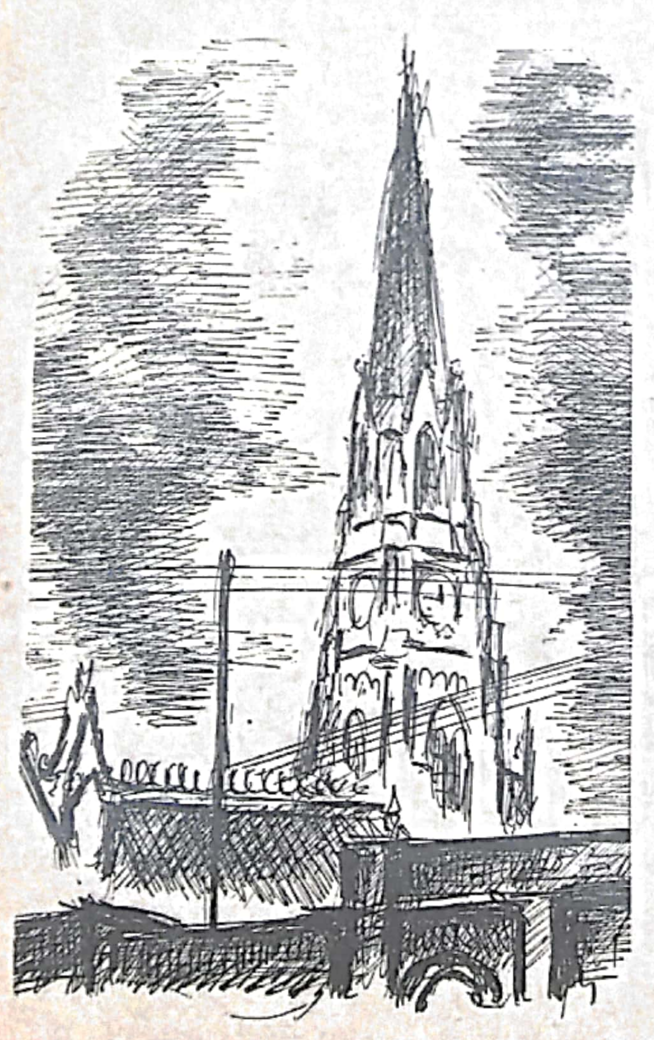
BALCON



EL PARLAMENTO

Los primeros gestos y movimientos del Parlamento elegido a raíz de la vuelta al régimen constitucional han dejado en el país una profunda impresión de desasosiego. Regístranse en las cámaras recién constituidas los mismos síntomas alarmantes de decrepitud política que sirvieron —junto con otros tópicos— para justificar hace tres años ante el consenso público la ocupación militar de los comandos gubernativos.

Lo que acaso no se advirtiera entonces con suficiente lucidez es que a la crisis universal de una determinada técnica de gobierno se agregaba entre nosotros esa crisis de la convivencia tantas veces señalada desde estas páginas y que es fruto de la vacancia operada en las clases rectoras de la comunidad. Subsistente y acentuada la incapacidad funcional para entenderse entre sí que padecen los argentinos, ella tiene hoy, en un sistema que supone precisamente el máximo de convivencia, su expresión más cabal y su termómetro más certero.

Pero el espectáculo que ofrece el Parlamento no es solamente signo de una crisis social y política sino que por refracción se convierte en causa agravante de la misma. Sobre la institución parlamentaria refluye —es cierto— la decadencia general de los usos sociales que experimenta el país y acaso toda nuestra época. Pero a la vez su exhibición en un organismo público de tan difundida resonancia es causa ejemplar de aquella decadencia y contribuye en todo caso a apresurarla. La escuela de chocantería, de intolerancia, de inferioridad intelectual hace rápidamente adeptos y su enseñanza se propaga como cáncer maligno por todo el organismo social.

No se alegren los que piensan que esta nueva demostración A POSTERIORI *de la crisis parlamentaria pueda traer agua a sus molinos ideológicos. Desde este punto de vista la opinión pública está perfectamente advertida de tiempo atrás y no necesita que ninguna nueva experiencia le abra los ojos. En cambio, llevan todas las de perder las fuerzas que han asumido la misión de reordenar al país conforme a módulos más dotados de vigencia que aquellos que regían con anterioridad al estallido revolucionario.*

Los que percibimos desde el primer momento la necesidad del cambio, los que sentimos una inalienable solidaridad con su razón de ser más profunda, nos sentimos obligados a prevenir sobre las consecuencias irremediables de una perduración en el tono que va adquiriendo la labor parlamentaria. No nos interesa tanto —lo decimos francamente— la suerte de tal o cual rótulo, de tal o cual hombre, como el porvenir aun incierto de nuestra incipiente personalidad nacional. Esta última es lo que hay ante todo que salvar de cualquier posible naufragio.

Sería erróneo buscar una solución que ignorara las causas más profundas de la crisis. Sería errónea, por ejemplo, una apelación sentimental a la cordura cuando esta virtud es resultante necesaria de otras calidades insitas en los grupos humanos a los cuales va dirigida. En el caso de nuestro Congreso el remedio no parece estar dentro de él mismo. Radica mas bien en exaltar desde otro poder del Estado las aptitudes políticas que en aquél aparecen faltando con más premiosa urgencia.

He ahí la gran responsabilidad que recae en los momentos actuales sobre el presidente de la república. Tiene nuestro país lo que aún podemos llamar la fortuna de poseer una arraigada tradición de ejecutivos fuertes. Ella otorga a la sola voluntad de un hombre un amplio margen de posibilidades para gobernar con decoro. Oponga éste desde su sede, a la verborragia, abroquelada discreción; a la chabacanería, maneras; a la mala calidad humana, selección cuidadosa de valores; a la imprudencia, tino; a la baraúnda, silencio; al desorden y la inoperancia; método y eficacia verdaderos. Entonces la crisis parlamentaria que hoy alarma a la opinión porque se la teme síntoma agudo de una enfermedad generalizada, habrá perdido mucho de su gravedad. Al Congreso quedarán dos alternativas: reformarse o perecer. En ambos casos el país habrá salido ganando y se habrán salvado en lo esencial los principios vitales que han de guiar la política argentina como expresión, —que debe ser—, de una nueva y pujante conciencia nacional.

BALCÓN.

SUMARIO

ESPAÑA - ARGENTINA

Hemos visto en el artículo anterior que el actual Estado francés no ha logrado crear una forma de convivencia que pueda proponerse a los pueblos en crisis como intermedia entre el Estado católico que proclama la España de Franco y el Estado materialista y ateo de la Rusia de Stalin. El intento, acariciado desde hace más de un siglo por el liberalismo católico, de encontrar un modo público de vida en que se conjuguen las exigencias de la Moral católica con las aspiraciones libertarias de la Modernidad ha fracasado. El Movimiento Republicano Popular no ha conseguido imponer una forma *común* de sociedad política en que comunistas, socialistas y católicos logren dar satisfacción a sus aspiraciones.

Pero a este nuestro planteo, se le ha formulado una objeción de máximo interés. La contraposición, se dice, que entre Francia y España resulta del artículo anterior, con una manifiesta subestimación de la influencia católica de Francia, no se ajusta a la verdad, por cuanto establece la comparación sobre el Estado-poder, cuando en verdad no es él sino un accidente en la vida de los pueblos, cuya profunda realidad debe buscarse más bien en su substancia social y cultural. La Francia católica, prosigue nuestro objetante, aún en su actual estado político, liberal y socialista, ha de estimarse superior a España, nación rutinaria, de escasa cultura, siempre expuesta a fosilizarse en estéril inmovilismo. Compárese si no el pujante pensamiento católico francés, el de nuestros días y el del siglo XIX, de irradiación universal, con el español, arcaico y repetidor, y se medirá la indiscutible superioridad del catolicismo francés. ¿Qué importa pues que en un caso sea católico el Estado-poder y que en el otro no lo sea si en el segundo ejerce una vigorosa irradiación que no tiene en el primero?

La vida de una nación surge de múltiples causas subordinadas

Sin entrar, por ahora, a analizar el fondo mismo de la cuestión planteada, parecería a primera vista, que habría que admitir alguna superioridad de Francia católica sobre España, porque si ésta ha podido mantenerse en una estructura social-política más impermeable a las corrientes deletéreas del mundo moderno, ha sido a expensas de su vitalidad e influencia. Francia, en cambio, por mucho que haya sufrido en la integridad de su catolicismo por las infiltraciones modernas, ha ejercido vigoroso influjo sobre el pensamiento católico universal. Figuras de la talla de de Maistre, de Bonald, Veuillot, Hello, Bloy y, aún en una línea secundaria y menos pura, Lacordaire y Montalembert, teólogos, filósofos y escritores de nombradía universal los ha tenido Francia en grado superior a España.

Creemos que esto se puede y se debe admitir. Pero ello no basta para resolver la cuestión presente. Porque la integridad de la vida católica de un pueblo no surge de una única causa sino de varias y complejas convenientemente subordinadas. Y pueden producirse fallas graves por defección de una u otra de estas causas. Resulta harto claro que la mera profesión de Estado católico no es suficiente para asignar a un pueblo alto grado de cultura. Porque puede confesarse católico y llevar no obstante vida mísera y despreciable. No adquiere un pueblo categoría de civilizado sólo de causas religiosas, sino también culturales, políticas y económicas. Causas económicas por la riqueza del suelo y la laboriosidad e industria de sus habitantes; causas políticas, por la eficacia de sus leyes e instituciones y sobre todo por el acierto de su clase dirigente, que aseguren la paz y felicidad de sus ciudadanos; causas culturales, por el afán en sus elementos representativos de superarse en el cultivo de todas las disciplinas que perfeccionan la inteligencia humana. Estas causas contribuyen *directamente* al bienestar del hombre en su vida del tiempo así como la vida religiosa mira *directamente* a su bienestar eterno. La ciudad cristiana descansa en una y otras de estas causas cuya eficiencia ha de conjugarse en un todo orgánico, de suerte que la vida total humana en sus manifestaciones económicas, políticas y culturales sea religiosa, y la Religión, a su vez, esté servida por una fuerte, rica y radiante cultura humana. La civilización cristiana es una feliz conjugación de Religión y vida y, por el contrario, la causa principal de las desgracias de la sociedad moderna, lo ha recordado el Pontífice reinante, pesa sobre los que han separado la religión de la vida y suprimido la religión de todos los campos de la actividad.

La vida católica de España y Francia

Pero se puede defeccionar en la causa de la civilización cristiana por un debilitamiento directo de la vida religiosa y también por un debilitamiento directo de los valores de cultura humana. ¿De qué vale para la civilización cristiana que un pueblo se conserve católico y que su Estado haga profesión de servicio público a la Santa Iglesia si descuida luego su perfeccionamiento económico, político y cultural, de donde va quedando en situación de atraso con respecto a otros pueblos de la tierra que con su superioridad acabarán por invadirle, arrebatándole su misma vida religiosa? ¿Y no es ésta, por ventura, la situación en proporciones más o menos graves de casi todos los pueblos de Ibero-América? Han menospreciado los valores de cultura y por allí se ha producido un desfallecimiento de su vida religiosa.

Salvadas las distancias, tal fué también la situación de España, después de su magnífico y esplendente Siglo de oro. No que, desde entonces, no cuente España con destacados valores en el campo de las ciencias y de las artes sino que ella no cuenta, porque ha perdido el ímpetu creador; se ha paralizado su ardiente espíritu de empresa y, por miedo de perder lo propio, no ha sabido marchar al ritmo de la cultura universal. ¿Cómo podía mantener la iniciativa en la dirección de la cultura universal si le había vuelto las espaldas, casi totalmente?

Francia no ha incurrido en este desatino. Se ha abierto a las expresiones culturales modernas y ha dado de esta suerte a la verdad católica poder de penetración en el hombre moderno. La literatura francesa posterior a la Revolución ha sido instrumento prodigioso de apostolado católico, cuya influencia nos ha alcanzado a todos, en grado más o menos profundo, y nos ha salvado. Pero desgraciadamente Francia no ha sabido mantenerse indemne de la ilusión liberal, como la caracterizó el gran Luis Veuillot. El católico francés corriente, el hombre de la calle, llegó a creer que la vida pública se puede entregar impúnemente al enemigo, con tal que nos respeten la libertad de profesar la religión en el recinto del templo. Aún más, llegó a pensar que la profesión de Fe católica por parte del Estado importaba grave mengua a su eficacia y llegó a preferir el régimen de libertad más amplia para todo y para todos a un régimen de protección para la Verdad. Aquel aparente fracaso de los obispos de la Restauración en el siglo pasado (y podríamos añadir de los obispos simpatizantes con el régimen de Vichy) y aquel aparente éxito de los católicos liberales y demócratas en las luchas civiles con el laicismo han creado en la mente del católico francés la convicción de





H O M E N A J E A

Deja el Campeón la túnica morada
En la verde razón de los olivos;
Y hasta cumplir la empresa señalada
Vive en el filo de sus adjetivos

El místico perfil de su tarea,
Tiene la Cruz por cifra de alegría;
Y la tierra inicial de Galilea
Por unidad de toda geografía.

El suyo es el camino imaginado,
Para empeñar el último talento,
En restituir al Cielo traicionado
La cautelosa flor del pensamiento.

(Ved que su rebeldía se desploma
Sobre un antiguo rumbo de obediencia,
Y ofrece sus espacios de paloma,
Al hondo vuelo de la Providencia.)

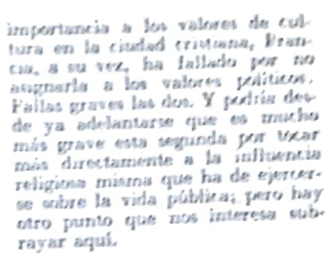
Un secreto designio de arrogancia,
Le adorna el flanco, desde la cintura,
Y hasta se planta en la mitad de Francia
Como adalid de su literatura.

SOLUCION DEL MUNDO (III)

que se debe renunciar definitivamente a una política cristiana y de que a lo sumo hay que contentarse con una política de cristianos.

Funesto error: Porque por este camino jamás se podrá llegar a una ciudad cristiana, ya que la política constituye un elemento esencial y principal en la vida del hombre; y porque, a la postre, si no hay vida pública en Cristo, la habrá contra Cristo, por aquello de "*quien no está conmigo, está contra Mí*", y la vida pública laica y anticristiana irá, día a día, reduciendo el recinto privado de profesión católica hasta exterminarlo. De aquí que frente al prodigioso despliegue del catolicismo francés contemporáneo tenga uno derecho a preguntarse con inquietud, ¿de qué vale este magnífico pensamiento católico francés de los últimos veinte años si ha pactado con un error gravísimo, más o menos formulado, cual es el de entregar al enemigo la substancia política de la vida? Y a fe, y por fortuna que en este desgraciado error no han caído los grandes pensadores de Francia, un de Maistre, Veuillot, Hello, Bloy y Claudel. Tampoco han caído sus grandes teólogos como el Cardenal Pie, Billot y Garrigou-Lagrange. Pero los escritores y publicistas de la Francia católica contemporánea, valiéndose del poderío cuantitativo que le ha acordado el número de sus escritores y de los medios publicitarios, han impuesto esta funesta mentalidad liberal. Sabido es cuán gran parte le cabe en esta triste tarea al filósofo Maritain.

En consecuencia, si España ha fallado por no asignar la debida



importancia a los valores de cultura en la ciudad *cristiana*, Francia, a su vez, ha fallado por no asignarla a los valores *políticos*. Fallas graves las dos. Y podría desde ya adelantarse que es mucho más grave esta segunda por tocar más directamente a la influencia religiosa misma que ha de ejercerse sobre la vida pública; pero hay otro punto que nos interesa subrayar aquí.

Estado-poder y Estado-sociedad

Habrá advertido el lector que en los artículos anteriores examinamos los Estados y no precisamente las realidades *sociales* o *culturales* de los pueblos. Hay graves motivos para ello. Se funda el principal en que precisamente la crisis de la vida de los pueblos —crisis de convivencia— consiste en una crisis de su realidad social. Por efecto del liberalismo lo social ha sido destruído y el hombre se ha atomizado. El hombre no se une hoy *socialmente* con sus semejantes. Vive para *sacar provecho* de su prójimo. Esto que aparece claro en la economía, que está toda ella estructurada sobre la base de un lucro, ganancia o ventaja que debe obtenerse en toda operación económica, aparece asimismo en las otras relaciones sociales en las que el hombre se mueve como *necesitado* a sacar ventaja sobre su prójimo. Se ha perdido la noción vital de que la vida en sociedad es un beneficio *común*, que beneficia *recíprocamente* a las partes sociales y que por tanto el hecho mismo de que una parte busque sacar ventaja de la otra implica la negación o destrucción de la realidad social. Examinado atentamente el hombre en su instintivo proceder social, no parece que sea excesiva la afirmación de que el tejido conjuntivo de la realidad social ha sido destruído. Ni quiera replicarse a esto diciendo que importa una visión parcial y pesimista de los hechos ya que el pujante desarrollo *cultural* moderno demuestra que las expresiones ociosas y desinteresadas de la vida mantienen un predominio de lo social sobre lo individual, de lo contemplativo sobre lo activo. Porque ese presunto desarrollo *cultural* —a base exclusiva de observaciones más o menos verídicas cuando no es fruto de ideologías antojadizas y antihumanas —demuestra la desorientación, vacío y egoísmo del hombre moderno y es índice claro de irremediable inadaptación social.

En la medida en que lo social desaparece, el Estado-poder ha de ir avanzando en su ingerencia sobre la sociedad. Se podría describir el proceso regresivo de lo social que discurre en forma interrumpida desde el Renacimiento de modo paralelo al proceso progresivo que lleva el Estado. En el límite no habrá sociedad sobre la tierra y, en cambio, existirá un enorme Estado-poder que habrá devorado en sus entrañas todas las organizaciones y junturas sociales.

Hoy por hoy, tenemos frente a nosotros este hecho real e intergiversable: lo social en camino de desaparición y el Estado-poder, obligado a asumir funciones supletorias de lo social, cada vez mayores. Y no hablamos de la Argentina sino de todos y de cada uno de los países de la tierra. El hecho está allí y sólo él nos interesa. No discurrimos ahora sobre las causas que lo han determinado ni establecemos juicio sobre su valor.

Si el Estado-poder tiene hoy fuerza tan decisiva y si estamos estudiando qué tipo de vida han de adoptar los pueblos para no perecer en este trance crucial de su existencia, surge claro que es problema fundamental y decisivo determinar cuál deba ser el signo bajo del cual coloque su existencia el Estado-poder.

Y allí está el valor de la magnífica lección de la España actual, rubricada por la sangre de sus mártires y héroes. España ha advertido que en este momento los pueblos sólo pueden salvarse si se salva su Estado-poder y ha advertido también que su Estado-poder no puede salvarse sino se constituye en católico. "En la crisis actual —ha dicho Franco en su magnífico discurso en la Apertura de las Cortes (¹)— que el mundo sufre tiene una parte considerable el concepto materialista de la vida, que va arrastrando al universo a la más grande de las catástrofes. Si la vida de los pueblos que provocaron la guerra y sus regímenes hubiera discurrido bajo los principios de una moral católica, no nos lamentaríamos hoy de la catástrofe que, ensangrentando el mundo, ha hundido a tantas naciones en la desesperación y en la miseria. Solamente el enunciado de que una nación es católica, de que su vida y su legislación discurren bajo los principios de la moral cristiana, constituye la más grande de las garantías para los actos políticos nacionales o internacionales que esa nación pueda llevar a cabo."

Influjo del Estado-poder sobre el Estado-sociedad

El Estado-sociedad es hoy débil y tiende a desaparecer; el Estado-poder, fuerte, tiende a consolidarse. Luego es decisivo que éste se constituya bajo un signo que lo haga benéfico al Estado-sociedad. Y no puede haber otro que el Estado católico.

Porque es gravísimo error que penetra inconscientemente en las mentes más fuertes el subestimar el poder del Estado. Tendemos a identificar Estado con el gobernante que preside los destinos de un pueblo. Pero el Estado es sobre todo su legislación. Y las leyes modelan la conducta de los ciudadanos, porque son regulaciones impuestas por la fuerza coercitiva inherente a toda ley civil. Toda regulación es reguladora —valga la tautología— de la conducta humana. A la larga, la ley hace al ciudadano y hace la vida humana. Así lo comprendieron sagazmente los políticos que rodeaban a Enrique VIII y a Isabel de Inglaterra. Y esta gran nación se transformó en pocos años de isla de los santos con que llenó de admiración a la







L E O N   B L O Y

Qué extensa soledad, la que circunda
Al diámetro vital de su alabanza!
El Paraíso es la visión profunda
Que habitan su dolor y su esperanza.

Y el alma generosa no limita
La voz de sus potencias exaltadas,
Que la dura garganta precipita
En luminosa colección de espadas.

La sangre al fin, sin cántico ni orilla,
Se multiplica en cálidos mensajes,
Corriendo por la frente y la mejilla,
Hasta el aliento de sus personajes.

Y aquel Campeón, de lágrimas lloradas
Sobre el peregrinar de un limpio acento,
Contempla sus palabras, transformadas
En un jardín que inmoviliza al viento.

Así recobra el Cielo, la fragante
Flor que esperaba de su recia mano;
Mientras la muerte de cualquier instante
Pronuncia el nombre de su noble hermano.

JORGE ADOLFO MAZZINGHI

Edad media, en avanzada de la piratería. Así lo comprendieron los ideólogos de la Revolución Francesa y, en nuestros días, los temibles corifeos del comunismo internacional. Solo los católicos liberales se han dejado convencer ingenuamente de que las convicciones arraigan y se robustecen en proporción inversa al apoyo que reciben del Estado-poder. Y así han creído que cuanto mayor fuere la prescindencia del Estado-poder, sino la oposición, frente a la verdad religiosa, más robustamente se desarrollaría esta.

Es claro de que el hecho de que sea error la subestimación del poderío del Estado sobre la vida de los pueblos no nos ha de llevar al error contrario de sostener que el poder del Estado lo puede todo y lo debe todo sin atender a la índole de las circunstancias. Franco en su discurso advierte sabiamente que "toda política mira el bien general de sus individuos, sacrificando el egoísmo y el interés particular al imperativo de un interés general. Por ello, si se trata de un pueblo en su totalidad o casi totalidad católico, el bien general residirá en lo que es norte y fin de la vida católica. Mirará al hombre como portador de valores eternos, ya que su destino sobrenatural es toda la razón de su existencia, sin que de ello pudieran lesionarse los no católicos, ya que los principios o una moral católica son yugo suave y llevadero para todos los mortales; si, por el contrario, se tratase de una nación con varias confesiones y grandes sectores laicos, se comprendería que el bien general se buscase en lo que es factor común a la gran mayoría de los nacionales, pero sin cohibir en lo más mínimo la libertad de conciencia y la práctica de su misión a la Iglesia de Cristo, que, sin daño para nadie, sólo bienes reporta a la vida general de la nación. No serían, sin embargo, las mismas normas de Gobierno que hubieran de adoptarse en este caso que las que necesariamente han de presidir en las naciones católicas."

El actual Estado católico español

La España de Franco ha surgido renovada de su guerra civil y ha comprendido, en lo hondo de sus entrañas, que para vencer al comunismo no basta afirmar su catolicidad sino que es necesario promover el florecimiento de formas económicas y culturales nuevas que den al Estado sentido de plenitud. El Estado subordinado a la Iglesia —realidad supranacional y supratemporal— es promotor de la plenitud de los valores humanos. Y España, acrecentada en su fecundidad creadora, se apresta a una vida total renovada. Magníficas sus experiencias sociales-económicas, a base de la más amplia justicia social dentro de las directivas pontificias; magnífica la prodigiosa fecundidad de su pensamiento como lo testimonian, entre otros, las publicaciones del Instituto de Estudios Políticos de Madrid; magnífico sobre todo el espíritu de su juventud que ha comprendido que está en crisis el hombre y que el hombre no se salva sino por su integración en Dios.

España se siente con destino histórico universal. Sabe que su actitud heroica frente al comunismo señala el nuevo signo salvador del mundo. Pero España hoy se siente agrandada en la acción de sus hijos, las otras naciones, entre las cuales nuestra Argentina, se siente llamada a una empresa cultural *común* con el mundo hispano. Empresa cultural común, no para colocarse frente a Francia —que ya no tienen sentido las rivalidades localistas— sino al contrario para hermanarse con ella y con los otros pueblos en una acción todavía más común, en la gran causa de la extensión de los límites de la Cristiandad hasta los límites del Orbe.

JULIO MEINVIELLE.

(1) Ver el texto completo de este documento en el Suplemento de BALCÓN.

HISTORIA PROXIMA

De los años de vida política argentina que median entre las dos revoluciones militares —la de Setiembre de 1930 y la de Junio de 1943— no cabría una interpretación satisfactoria si, para cumplir tal empeño, sólo se acudiese a explicaciones también políticas.

Para representarse en forma siquiera aproximada la realidad pública argentina durante el período indicado, hay que acudir a otro tipo de explicación que no al meramente político. Acaso a explicaciones psicológicas.

Quien acuda, por ejemplo, a la actuación, a los programas, a las preocupaciones de los partidos políticos que, incólumes en apariencia, sobreviven a la revolución del treinta, nada en limpio conseguirá sacar. El instrumental político vigente por esos años —oficialmente vigente— era incapaz ya de registrar ninguna manifestación nueva de la vida argentina. Es que a partir de 1930 acontece en nuestra vida pública un desdoblamiento —que cada vez se irá tornando más agudo—, entre las manifestaciones políticas oficiales y la conciencia nacional considerada en conjunto, la cual sólo esporádica, desordenada y parcialmente conseguirá, en adelante, expresarse. Aparentemente podría resultar contradictorio que tal agudización de la conciencia nacional viniese a producirse en circunstancias en que, como consecuencia de la desordenada presión de elementos inmigratorios recientes, la fisonomía propia del país apareciera más desdibujada. No obstante, como el hecho consignado es, a fuer de tal, incuestionable, no hay para explicarlo satisfactoriamente otro medio que el de reconocer en la Argentina la existencia anterior de enérgicos moldes nacionales. Sin duda alguna la nota más general de la pérdida de prestigio y efectivo mando de nuestras clases tradicionales, consiste sobre todo en su ineptitud para asumir y representar el sentido de lo nacional, que hoy alienta en nuestra tierra.



Para todos es de fácil memoria que del fracaso político del seis de Setiembre, resultaron beneficiarios los elementos del régimen —conservadores y antipersonalistas—, cuyo representante cabal fué el general Justo. Pero tal estado de cosas era sólo aparente. Por debajo de la superficie política visible, nada menos que una pérdida total de fe colectiva en las instituciones democráticas y en sus órganos de expresión, los partidos, tenía lugar. Además, los detentadores del gobierno, aunque beneficiarios de hecho de la revolución de setiembre, se contaban entre los primeros incrédulos acerca de sus propios títulos democráticos. El fraude electoral, que por esos años es elevado a la categoría de único instrumento político valedero, ponía de manifiesto, en quienes lo consumaban, menos una actitud moral dolosa, que la incapacidad de gobiernos y gobernantes para atinar con la solución política nueva que el país reclamaba y que la misma necesidad de acudir a elecciones fraudulentas no hacía sino subrayar. De ahí también que lo único positivo del gobierno de Justo —y no es poca cosa— consistió en ajustar, en hacer eficaz, la marcha de lo que en el Estado es más mecánico, más impersonal: la buena administración. Sea dicho de paso, que si el actual gobierno no acierta a fortalecer los cimientos ya existentes de nuestra fábrica administrativa, y, por el contrario, contribuye a debilitarlos, tal posible desbarajuste, dará cuenta en poco tiempo del gobierno peronista.

Pero, además, otras cosas, y de más hondo calado acontecían en el período señalado. En las nuevas generaciones primero, más tarde en todos los sectores nacionales, junto al desprestigio de la vieja política, una nueva conciencia nacional —un nuevo sentido de lo argentino en su doble aspecto histórico y político— comienza a formarse. De esa nueva conciencia, los grupos nacionalistas fueron la vanguardia. No fueron, pues, sino una parte, la más avanzada, la más visible, la más audaz, la más desinteresada también, pero parte al fin. Sea que la premura de los acontecimientos mismos viniese a impedir que el nacionalismo asentara sus aciertos de hecho en las bases firmes de una buena doctrina política, o bien porque en el intento de lograr esta última no atinó sino a paralizar sus propios hallazgos originales en rígidos esquemas ideológicos —que en política son lo contrario de una buena doctrina—, lo cierto es que del formidable movimiento de opinión nacional que se inicia con la revolución de setiembre, el nacionalismo sólo fué su intérprete fiel en los primeros años que siguen al treinta. Es ese su momento más original y más valioso. Es el momento en que le asiste la intuición segura de que —ideologías aparte— la quiebra, a ojos vista, de nuestro régimen democrático, debíase a causas más profundas que las meramente políticas, económicas o administrativas, debíase al desconocimiento en que nuestra política estaba de la verdadera realidad social del país. Nada tan ajeno, en efecto, al punto de partida nacionalista como esos esquemas ideológicos en que todo el problema nacional se hace depender del imperialismo yanqui, de los capitales ingleses, o de los "pecados" de lo que ahora se ha dado en llamar oligarquía. Sin negar —porque ello es evidente— que esos hechos son parte del problema nacional, de ningún modo puede

aceptarse, como muchos pretenden, que sólo en ellos tal problema resida. Ninguno de esos enfoques parciales es, considerado aisladamente, verdadero. Además, ninguno de ellos es de pura cepa nacionalista. Más aún, si bien se mira, han sido, esos esquemas, ideas parásitas que sólo la ausencia de vigor intelectual, de que los argentinos adolecemos, ha permitido circular y adquirir personería independiente.

Pero en todo caso tales deficiencias hacen al aspecto positivo del movimiento nacionalista, a lo que debió hacer y no hizo, no a lo que en él hubo de demoledora crítica. En este último aspecto su éxito fué rotundo. Y sería grave error creer que tal éxito debióse a un puro afán negativista y destructor. Nada habría conseguido esa crítica, de no ser la necesaria aunque ingrata expresión negativa de un hecho vivo y real: de la necesidad en que el país estaba de desembarazarse de unas formas políticas que no expresaban ya su voluntad de afirmación nacional. Además, conviene recordar que no obstante la caducidad efectiva —la caducidad en la conciencia popular— de las instituciones oficialmente en vigor, no por ello desapareció el andamiaje, el instrumental democrático. Por el contrario todo semejaba continuar como siempre. Los Diarios, el Parlamento, los Partidos, la Universidad, seguían, empecinadamente, repitiendo la cantinela anacrónica. El armatoste democrático no servía ya para nada pero continuaba absurdamente en pie, como un gran barco encallado en la soledad de la costa. Es que la Nave del Estado, como las que surcan el mar de agua, suele también estar, en su histórica navegación, sujeta a análogos riesgos. Es lo que no entienden los que juzgan eterna a la Democracia. Así se explica además que la labor nacionalista — tan huérfana de recursos materiales frente a los sin número de sus adversarios (alguna vez habrá que escribir la historia de la hidalga pobreza nacionalista)— tuviese que reunir y consumir sus energías en una empresa política de demolición, en una tarea, en gran parte, negativa. Pero insistimos, a la par del desprestigio del régimen democrático un resurgimiento del espíritu nacional, un resurgimiento espontáneo, de hecho, tenía lugar. De ahí que cuando el 4 de Junio de 1943, los militares mediante un débil tincazo echaron por tierra al gobierno conservador, el régimen considerado en su totalidad, estaba ya maduro para la muerte. Y, obsérvese bien, si tres años más tarde las fuerzas democráticas semejaron renacidas, ello se debió a los errores sin número, a las vacilaciones sin cuento, a la inanidad política del gobierno militar. Demasiado próximas están sus actuaciones para que sea necesario ahora abundar en ejemplos. Mas lo curioso es que, sin embargo de esas vacilaciones y torpezas, bastó que en su ciega marcha surgiese un hombre dotado de instinto psicológico, para que ¡en elecciones libres! salvase al movimiento de Junio del más seguro de los fracasos. ¡Hasta tal punto la vieja fe democrática habíase desvanecido!

Pero, como podrá ya colegirse, el país, el problema nacional del país, sigue sin solución positiva. Hasta ahora de positivo no existen sino los hechos crudos: una situación internacional inmejorable, un bienestar económico ofensivo, un horizonte político bastante despejado. Sería insensato, sería de una frivolidad suicida, creer que lo acontecido hasta ahora es ya signo de un nuevo estado de cosas. Es demasiado obvio que para derribar a un régimen gastado y enfermo, que no atinaba con su propia curación, era suficiente poner el dedo en una cualquiera de sus llagas. En la llaga, por ejemplo, de las reformas obreras y sociales. Pero si tal cosa bastó a dar el golpe de gracia al régimen, de ningún modo indica que se haya dado con la solución de nuestros problemas más urgentes. Nada tan peligroso, a fuer de equivocado, como creer que de la caída del régimen va a surgir, sin más, uno nuevo. Las democracias no tienen sucesores necesarios. Cuando se derrumban es porque han agotado todas sus fuerzas. Les está —así lo quisieron— vedado lo de *el Rey ha muerto ¡viva el Rey!* Cuando, por la causa que fuere, en una democracia el orden establecido hace crisis, no queda otro remedio que el muy impopular, el nada demagógico, de instaurar uno nuevo.

Tal es la actual situación argentina. Ni de recuperación económica, ni de justicia social, se trata en primer término. De lo que primero se trata es de la creación de unas nuevas formas políticas, en las que encaje pacífica, ordenadamente la convivencia nacional. De no ser así, más que legítimo será preguntarse si antes de emprender la liquidación del Régimen no hubiese sido más cuerdo esperar, tener paciencia mientras la guerra mundial se consumía en sus fuegos, tirar, ir tirando. Y, claro es, esa pregunta no se originaría en una vaga y vana nostalgia del pasado inmediato, sino en la brutal evidencia del fracaso a que la revolución de Junio habrá de conducirnos si los actuales gobernantes argentinos no aciertan con la ingente, patriótica —nada demagógica— tarea que la realidad descrita impone.

MÁXIMO ETCHECOPAR.

LA ESENCIA DEL PROGRESO MODERNO

II

Para desentrañar la esencia del progreso se puede orientar la investigación, ya hacia los hechos progresistas de la edad moderna, ya hacia las ideas históricas que tienden a interpretar, promover o justificar la tendencia progresista de los hechos.

Las *ideas históricas* a que nos referimos no son conceptos propiamente dichos, en su elaboración psicológica, o en su valor objetivo dentro de la estructura lógica del juicio o del razonamiento. Mas bien pensamos aquí las ideas como corrientes históricas, como prejuicios dominantes, como creencias (1), como mitos, en fin como expresión ideológica del espíritu del tiempo —*Zeigeist*-Spengler— dicho sea sin admitir el relativismo histórico ni el panteísmo que suele adscribirse a esta terminología.

Uno de los problemas más interesantes que se le presentan al que intenta una reflexión sobre tales ideas es el que resulta de las relaciones entre las ideas y los hechos, es decir, entre las ideas como hechos y los hechos históricos que no son ideas. Cabe preguntarse en qué medida las ideas en cuanto comportan prejuicios, preocupaciones, proyectos, intenciones, determinan los hechos sociales, costumbres, acciones, tendencias, en política, economía, técnica, arte, ciencia, vida; y, de la otra parte, cómo la masa de hechos históricos —sociales, con su estructura y su complejidad típicas, determinan a su vez, así sea condicionando, la formación y manifestación de las ideas.

Se ha solido unilaterar con exceso diverso y contrario la solución de este problema. El racionalismo sólo vió las ideas como diseño geométrico de la razón pura y a tales abstracciones las hipostasió como causas primordiales del desarrollo histórico. El materialismo dialéctico, según es notorio, cae por el lado contrario; reduce toda la vida del pensamiento al momento ideológico social al que resuelve por último en los hechos sociales de la actividad económica. Aquí, la causa metafísica, la sustancia del devenir, no son ya las ideas sino los modos colectivos de la producción de bienes materiales.

Mostramos la oposición radical del racionalismo idealista y del materialismo dialéctico para proporcionar una nítida oposición extrema, pero eludimos la conciliación de estos contrarios y su mutua reducción al absurdo por ser extraña la consideración metafísica a las presentes reflexiones.

Baste sólo decir que hay tercero posible entre estos contrarios: puede ocurrir en efecto que ideas y hechos coetáneos se influyan recíprocamente apareciendo entonces como manifestaciones comunes, coordinadas, de una cuasi sustancialidad del devenir histórico, cierta alma colectiva (Herder) cierto constitutivo morfológico de las culturas (Spengler).

Claro está que, en tal caso, si se quiere evitar el relativismo histórico, es necesario mantener con rigor la distinción entre las ideas históricas, creencias, o mitos, que son expresión más o menos *racional* del espíritu del tiempo, de las *ideas* o *conceptos* estrictamente intelectuales, aprehensivas de la realidad objetiva, elaboradas por pensadores auténticos, revestidas de terminología propia, con mayor o menor integración sistemática.

Esta distinción se hace indispensable porque si todas las ideas fuesen *históricas*, también lo serían aquellas mediante las cuales pensamos las ideas históricas, es decir las que son manifestación del devenir, y no se ve cómo eludir entonces el escepticismo que se implica en ese relativismo. Es necesario que, mediante ideas, logremos aprehender algo objetivo, esencial y en cierto modo eterno para que podamos incluso entender la evolución



histórica, ese paso del ser potencial al ser actual. Y, contra lo que deseábamos, el espontáneo discurso nos ha llevado a rozar al menos la cuestión metafísica implicada en el pensamiento histórico.

Pero distinguir no es separar, y abstraer no es mentir, a condición de que lo abstracto se considere reflexivamente como tal abstracto, es decir, con necesaria relación implícita a lo concreto de que la abstracción procede.

La distinción entre ideas históricas o ideas mito, y las ideas concepto, muestra, desde otro punto de vista la acción respectiva de lo individual y de lo social en la historia del pensamiento.

En efecto, las primeras no son producto inmediato de la inteligencia personal. Son más bien complejos psicosociológicos en que, con frecuencia, imágenes comunes, términos, estructuras terminológicas, y todo el cortejo de imágenes más o menos emotivas, así como ciertas fundamentaciones (dialécticas en el sentido aristotélico de opiniones o argumentos probables) *se enlazan* y asocian en virtud de afinidades vitales sin que intervenga suficientemente el rigor especial de la razón (2).

Tales ideas se enlazan, desenvuelven, crecen, complican y simplifican, se identifican y contraponen, sujetas a una dialéctica histórica y no a las leyes propias del pensamiento como tal.

Alguien puede creer, quizás, conveniente el empleo para unas y otras *ideas*, de una terminología absolutamente diversa, a fin de evitar toda posible confusión. Sin embargo, el hecho de que en realidad se trate de dos momentos distintos, de un mismo devenir, mueve a conservar en los términos cierta equivocidad aparente e intencionada.

En efecto, unas y otras ideas corresponden a los dos aspectos de la realidad humana, individual en sí pero también social-histórica por naturaleza. Ortega ha dicho con una de sus paradojas, que reconocemos exenta de toda intención sofística "*que el hombre no tiene naturaleza sino que tiene... historia*". Con gran reverencia para el pensador español preferimos mantener la exactitud antigua de los términos técnicos, y decimos que el hombre es histórico por naturaleza.

Las ideas-concepto, en cuanto representaciones intelectuales del orden real-objetivo, pueden ser vistas en su propia inteligibilidad, prescindiendo del pensar concreto del sujeto cognoscente que las vivió en su origen, o del que las re-crea y asimila; pueden también ser consideradas como elementos de la estructura lógica que integran; pueden por último ser estudiadas como instancias de un pensamiento vivido en el pensador que les diera origen. Desde este punto de vista, aquí ya comienza la entrañable relación de las ideas personales con las *ideas históricas*, y esta consideración, actualísima, para intentar una crítica de la razón histórica que salte por sobre el foso relativista, implica la indagación de las relaciones entre la acción personal y la gravitación histórica de lo social en la vida del pensamiento.

Cuando decimos, pues, una vez más, entre tantos, que el hombre es social e histórico, no queremos decir que, además de ser individuo, es miembro de un cuerpo social; que además de su ser actual, tiene o contiene ser pasado. No; entendemos que el hombre concreto es en sí mismo social e histórico; que en cierto modo, lo social *constituye* a lo personal, en cuanto la esencia humana aunque dada siempre en una persona singular, comienza su existir, con respecto a la vida racional que la especifica, en un estado de pura potencialidad, y no se desarrolla hasta alcanzar su bien, su plenitud y su perfección, más que por la intervención del ser en acto, que le es dado en lo social-histórico que condiciona su existencia singular.

La verdad es que el hombre, individual en su raíz ontológica, está destinado necesariamente (con doble necesidad: *física*, es decir psicológica, y *moral*) a desplegar socialmente sus potencias. Es, pues, individual y social juntamente y naturalmente, contra toda hipótesis contractualista, aunque pueda ciertamente contratar, al menos implícitamente, muchas formas de sociedad.

Pero, no llega a ser lo que debe ser, cuya raíz se hunde en su mismo ser, sino en la existencia social; pero recíprocamente no puede ser social, sin serlo desde la raíz personal de su existencia. El individuo humano, en su pura individualidad, así como lo social humano son términos de abstracción formal que no aprehenden realidades materialmente diversas ni físicamente separables.

No se es individuo, humano, sino *de* una colectividad; no hay colectividad humana que no sea un sistema (infinitamente complejo) *de* relaciones reales interindividuales. No es lícito *sustantivar* propiamente lo colectivo; pero tampoco tiene validez concebir al hombre en su personal consistencia, despojado de las relaciones reales que lo hacen ser social por naturaleza.

Al respecto, las investigaciones psicológicas y sociológicas contemporáneas vienen a ratificar las geniales anticipaciones de Aristóteles en su Etica y en su Política.

A la luz de estas determinaciones y en correlación con esta antropología se debe enfocar el problema de las acciones recíprocas de lo individual y lo social en la vida intelectual.

Todo pensador, por genial que sea, es necesariamente *histórico*, en la medida en que es social por naturaleza. La realidad *que se le presenta*, su problemática (Ortega-Pico) participa también de la historicidad. (3) Kant, por ejemplo, con todo su genio, haciendo de Rousseau el Newton del mundo moral, se revela frente a los problemas de la filosofía práctica y de la historia, como un apasionado secuaz de la Ilustración cuyo desarrollo culmina.

La atmósfera intelectual de su siglo (en la que cabría investigar la parte superficial de ella que se rinde a la *moda*) no deja de alimentar en alguna medida *siempre* la vida del pensamiento. La *situación en que se instala* (Zubiri) circunscribe su problemática y ciñe el número de posibilidades en que hallará la solución.

Claro está que a su vez la situación histórica dada se configura por las influencias remotas y profundas de personas capaces de fundar *instituciones* perdurables (4).

La personalidad egregia gravita sobre la historia de dos maneras principales: primero, como órgano social del sentido profundo (más allá de las *modas* intelectuales que son más fácilmente visibles) de su propio tiempo; y en este orden de cosas su acción en cierto modo se extiende paradojalmente al pasado mismo, en cuanto modifica por su intervención lo que en su tiempo es efecto intenso de causas remotas. Segundo, como individuo genial en cuanto *libremente* plantea los problemas y halla las soluciones que sólo él, o algún semejante, sería capaz de revelar. Aquí está el lugar de la originalidad incomparable, tan contraria a toda *moda* y a toda corriente intelectual dada, aquí el lugar de las grandes agonías de los *protagonistas*, aquí las reacciones geniales que se producen hasta en los tiempos más arremansados por la tradición (5). En este otro sentido la acción especiamente *histórica* (memorable) se prolonga en el futuro.

Un Aristóteles, figura impar de la Filosofía universal, como órgano social-histórico de toda la cultura helénica en hora de madurez y acabamiento, resume siglos de elaboración y da sentido final a todos los precursores, al par que, reaccionando poderosamente respecto del pasado inmediato (la doctrina de las ideas) llena todos los siglos con su influencia realista. Nunca se indicará con demasiada fuerza la recíproca dependencia entre el genio individual y la solidez orgánica de la estructura social; nunca se dirá demasiado sobre la socialidad fundamental de los más originales espíritus. La antinomia persona-sociedad revela cómo las síntesis vitales resultan de difíciles y prodigiosos equilibrios internos que superan graves tensiones. Es necesario y conveniente que lo social plasme vigorosamente la personalidad singular para que ésta pueda afirmarse, en posición y contraposición, hasta dar a lo social futuro el impulso de renovación que lo conserva y lo mejora.

Lo social vive de las excelencias personales que fueron. Lo personal impar y excelente, a su vez, vive de lo social que lo enriquece y al par lo sacrifica.

•

La investigación de la esencia del progreso moderno, distinguiendo las ideas y los hechos progresistas y con respecto a las ideas, distinguiendo la idea —mito del progreso, de las ideas del progreso en

UN GRAN ARTISTA

No sería acertado hablar de las posibilidades técnicas de Alejandro Brailowsky, sin adelantar que la mayor virtud de sus manos, consiste en abrirnos el alma de un gran artista.

Su expresión musical, nos deja entrever un más allá que el piano parece incapaz de revelar. Y no creemos pecar de exagerados, afirmando que gracias a él, es fácil penetrar en el espíritu de los grandes maestros, cuya interpretación aborda, sin que se atenúe para nada, la ley superior que inspiró sus creaciones.

Por momentos insinúa una transparencia juvenil, que puede ser alegre, y otras veces sabe acentuar con firmeza los rasgos de una angustia madura.

Sabido es que el nombre de Alejandro Brailowsky, se halla identificado con el de Federico Chopin, merced a su asombrosa compenetración con la elegante melancolía y el ímpetu ardoroso del compositor polaco, que vive en quienes lo escuchamos, como una palpable realidad.

En viajes anteriores, y en la misma sala del Teatro Colón, Brailowsky ejecutó más de una vez el "Ciclo Chopin", razón por la cual, un sector de nuestro público, se cree o se creía autorizado para medir al pianista con la vara exclusiva de esa música.

Pero los programas de los conciertos ofrecidos en los últimos días, acallan esa pretensión, al integrarse con obras de diversos orígenes. Los compositores de las épocas y las latitudes más lejanas, se reúnen milagrosamente alrededor de su piano. Y desaparecen las distancias entre autores y público.

Es que en Alejandro Brailowsky, encontramos a un artista comunicativo y afable, que impone a sus conciertos un clima alternado por la emoción y la cordialidad.

Los rusos (Rachmaninoff, Prokofiev, Scriabin, Liapounov) adquieren en su versión un cálido acento, en que se perciben matices nacionales, traducidos a la inteligencia clásica, por un músico que la conoce ampliamente, como lo demuestra, por ejemplo, su interpretación de Bach. O su profunda comprensión de Beethoven.

El ademán brillante de Liszt, se enaltece en la técnica de Brailowsky. Esa técnica pulida y sutil, que él no se complace en destacar, porque va derechamente en procura de la verdad y la belleza, que están por encima de todo mecanismo, así como el fin está por encima de los medios.

En definitiva, no cabe duda de que Brailowsky cumple maravillosamente su delicada misión. Y la sencillez con que lo hace, convierte en verdadero placer el brindarle el aplauso caluroso y espontáneo que merece.

J. A. M.

la historia como se han dado en la especulación de grandes pensadores puede servir para ejemplificar lo antes dicho y para llegar, a partir de ese análisis, a determinar una Filosofía de la Historia que otorgue a ésta como devenir de lo social todo su valor, sin olvidar empero que la verdad objetiva a que aspira ineludiblemente la ocupación filosófica es un valor que trasciende a toda historicidad.

Siempre la eternidad esencial de las ideas, aunque se evite el riesgo y el rigor del platónico sistema, dará testimonio de que la realidad no se agota en la historia ni en el devenir; antes bien el devenir mismo no puede ser pensado sino en función del Ser, porque nada real que efectivamente *devenga* y se *mueva* puede ser movido sin *ser* primero, y, por ello, sin participar, primero, de alguna manera de la eternidad del Ser, al menos, a causa de su relación real con el Inmutable.

H. A. Llambías

(1) Tal como el propio Ortega y Gasset, no nos referimos por cierto, a los dogmas que son objeto de fe sobrenatural; pero pensamos, nuestro concepto, no se identifica con las *creencias* del pensador español, las que se ligan demasiado a su personal sistema raciovitalista, según el cual la realidad primaria no sería ni el ser objetivo ni el yo subjetivo, sino la *vida*, y ésta, nada sustancial, sino mas bien cierto hacerse, cierto devenir, cierta dinámica estructura, y sus *creencias, aquello en que se está y en que se vive.*

(2) "No es un concepto destinado a "proporcionar a la inteligencia una "aprehensión de la realidad y en conse- "cuencia, mensurable y rectificable por "ella, sino una de esas fórmulas verba- "les que son tanto más perfectas en su "género cuanto más independientes y "alejadas de las cosas, y cuanto más ar- "bitrariamente se imponen a ellas. Es "una de esas fórmulas verbales que el "mundo moderno, como notaba René "Johamet en un reciente artículo, llama "ideas por antífrasis. Para comprender "Vd. su génesis, remóntese hasta la idea "clara de Descartes. De la idea clara pa- "se a la idea fácil, es decir a aquella "que permite el uso más vasto y *ex- "plica* más cosas con menor esfuerzo y "la mayor economía de cogitación. Pase "Vd. de ahí a la idea emotiva, que por "aplicarse a las cosas sin reparar en sus "naturalezas distintivas y por extender- "se simpáticamente sobre todos los domi- "nios del pensamiento no connota sino "un estado afectivo o una actitud prác- "tica del sujeto. Llegará Vd. así, final- "mente, a la idea-mito, que, exhausta "de todo contenido intelectual y desti- "nada sólo a provocar ciertas resonan- "cias rituales en la imaginación y en "el apetito, domina en tal forma el ám- "bito de la representación y del indivi- "duo, que hace vibrar no bien es enun- "ciada. Así han nacido esas divinidades "ideológicas, esas seudo-ideas devoradoras "de lo real, cuyo conjunto constituye la "mitología moderna y en cuyo primer "plano brilla la idea del Progreso". J. Maritain Théonas, Cap. VII. Bs. As. 1935. Si quitamos la ironía y la intención peyorativa que el Maritain de Théonas dirige en especial a la moderna idea-mito del Progreso, no deja de ser ésta buena caracterización de *idea histórica* según la acepción que nosotros le damos en este artículo.

(3) Lo histórico óntico, implicando devenir, en sana metafísica (realista) no excluye la permanencia del Ser. En lo histórico hay dos caras: el tránsito y caducidad, de un lado; la permanencia y la conservación, del otro.

(4) No doy al término *institución* acepción jurídica o política. Pienso por ejemplo que el realismo aristotélico en Filosofía es un *instituto* histórico que ha perdurado y perdura más que el concreto Liceo que fundara el Filósofo.

(5) Recordemos las grandes luchas de S. Tomás con los averroístas y con los tardíos platonizantes de su tiempo.

MIRILLA

La bomba atómica se está recorriendo todos los elementos de que disponemos y poniendo a prueba la capacidad de disparate de las agencias noticiosas. Primero fué en el aire sobre la tierra, luego en el aire sobre el agua, ahora bajo el mar, le falta probar, a la insaciable, el fuego central de la tierra, introducida —y adelantamos la idea— por la boca de algún volcán en descanso que devuelva en hongo de humo la aspirina del átomo desintegrado. ¡Las cosas que hurgaría en las vísceras del paciente planeta! Para esa oportunidad sería bueno disponer de algunas docenas de mandrágoras y de salamandras, animales a quienes remotas tradiciones los señalan connaturalizados con el fuego.

A ocho metros bajo el agua y metida en un cilindro de hormigón armado, recubierta de un armazón de lona para que nadie se entere de su forma o tamaño —sólo sabemos ,a través del comunicado de a bordo del 23 último, que el proyectil era similar a los anteriores *pero no tenía cola*— a las 8 y 30, hora Bikini, del jueves 25 de julio, explotó la bomba en la laguna del atolón. En nuestra condición de casi antípodas y para dar que hacer a la imaginación de los escolares, señalemos que aquí tuvimos noticia del estallido quince horas antes, es decir, el miércoles a la hora del té.

Todos hemos leído la truculenta descripción de los efectos, bastante más pálidos que los anunciados. Las olas, que según las predíciones, alcanzarían 35 metros no sobrepasaron el metro y medio. De los 75 barcos que poblaban la laguna, a estar a la inmediata declaración oficial de nuestro conocido almirante Blandy, se hundieron sólo un acorazado, el Arkansas, y dos embarcaciones más; el Saratoga se inclinó a estribor y el Nagato escoró. Días después aumentó el número; pero a lo mejor los hundieron con el dedo. Para compensar tan menguado saldo de catástrofe, el optimista almirante agrega que "no existe motivo para dudar de la eficacia de la bomba atómica". Pero todo esto aderezado con descripciones tipo fin de mundo: "enormes columnas de agua pulverizada, proyectadas a velocidad inconcebible, precipitándose sobre el mar en millones de estalactitas"; "el calor fantástico de la terrible explosión convirtió a la laguna en una verdadera caldera de humo, llamas y vapor que produjo una gran nube atómica; luego surgió otra columna de agua como un *geyser colosal*" del que después salían círculos concéntricos de una milla de diámetro... y así, y así, columnas y columnas —esta vez— de diarios, toneladas de tinta, derroche de adjetivos. Conocemos la técnica.

Y como no podía menos que ser, los infaltables detalles menores, pero acondicionados al modo de uso o de U. S. A. En lugar de los 3.000 animales que se emplearon en el estallido anterior, esta vez fueron sólo veinte cerdos y doscientas ratas blancas. Nada dice la profusa información de la suerte corrida por ellos ni del motivo de sustituir las cabras por los cerdos. (¿No estará en esto último la mano de la sinagoga?). Pero señala la presencia entre los asistentes del pobre "rey" Judá de Bikini, que asistió con permiso especial de Washington "vistiendo pantalones kaki y zapatos negros con cordones blancos y llevando dos de sus más preciadas posesiones: un peine y una lapicera fuente", según cuenta un telegrama de United Press del 24 último. No debe ser muy lerdo el rey Judá, pues al siguiente día declaró que la bomba produjo "mucho ruido" y que había sido "un lindo espectáculo, pero no tanto...".

Bien por el rey de Bikini. Hay tal desproporción entre el espectáculo dantesco que se ve a través de la mirilla sensacionalista del cable y los resultados destructivos del arma, que la tentación de subestimarlo un poco nos sigue asaltando. Si es mucha la limosna hasta el santo desconfía.

Es que más que de explosión debiera hablarse de *explotación* de la bomba, en los dos sentidos del verbo pues explota y es explotada; y esto no sólo en modo sensacionalista y no únicamente en cuanto arma, sino en cuanto argumento de equilibrio por un lado y de amenaza política por el otro. El golpe no lo acusan tanto ni los buques hundidos ni los cerdos y ratones agonizantes. Es la propia Rusia que por boca del precoz delegado soviético Gromyko dice en la 7ª columna de "La Nación" del 27 que hay que prohibir la producción de estas bombas y "disponer la destrucción de las ya producidas". Nada *menos*. Y pregunta luego: ¿Por qué las naciones (léase *Norteamérica*), tienen que estar produciendo *montones* de armas atómicas, si estamos todos (léase *Rusia por ahora*) de acuerdo en que esa energía debe ser utilizada sólo en beneficio de la humanidad?". Como comentario de la *explotación* de la quinta bomba, esto es bien elocuente.

¡Cuántos cabildeos, cuántas pasiones, fricciones y posiciones subyacen en estos curiosos experimentos de desintegración física, tan consonantes con esta época de disolución social, moral y política! Pero las "bombas" que produjeron estas últimas desintegraciones, explotaron y se movieron hace tiempo en el invisible ámbito del espíritu. Los árboles se mueven también a nuestra vista sacudidos por la no visible fuerza del viento.

Los pensadores de la famosa Enciclopedia —por ejemplo—, piezas de museo que ahora ayudan a conciliar el sueño, desintegraron hace ciento cincuenta años el tejido social. Ante la tremenda presencia de las bombas de Bikini —temidas a través de sus efectos captados por los sentidos— pensemos confiadamente y ¿por qué no? que según van las cosas, tal vez las generaciones del futuro los utilizarán como porrón atómico de agua caliente, otra forma de conciliar el sueño en noches tan crudas como las de este invierno.

Clemente Espejo.

EL CASO REYES

Ya estábamos bastante escamados con las cuestiones de privilegio en la Cámara *junior*. Un señor que no atina a defenderse —sí, es cierto que me echaron, pero no lo dicen por esto, lo dicen por aquello— y otro señor que trata de fulminar con el desacato a quienes lo ponen en descubierto —Hans Oliver siempre plantado en la retranca, aunque vengan degollando— son casos como para desvanecer del todo las esperanzas que algún ingenuo podía conservar en la democracia parlamentaria. Pero aparece Don Cipriano —desde los tiempos de Don Porfirio no teníamos un nombre tan entrador y querendón— con su cuestión de privilegio, y reaviva de un golpe nuestro interés, adormecido de esperar en vano que comiencen de una buena vez a cumplirse lo propósitos del mensaje presidencial.

Confesemos que todos —del Presidente para abajo— habíamos subestimado el real valor de Cipriano Reyes. Este antiguo soldado de Franco —¿se confirma o no se confirma?— ha traído un poco de aire y de luz al viciado ambiente parlamentario, donde los emigrados radicales —siguiendo el ejemplo que hace quince años les dieron los conservadores— no respetan en su resentimiento ni a nuestro pobre, calumniado y querido obelisco.

Y mientras el partido del unicato revolucionario continúa su interminable reorganización, se ve claro que han quedado fuera de él los dos solos sectores de la opinión nacional que tienen conciencia revolucionaria: los "laboristas" de ahora y los "nazis" de siempre. Como quien dice, clase dirigente y masa popular.

De todas maneras, y ocurra lo que ocurra, nos atrevemos a vaticinar —parafraseando a Mussolini — que el caso Reyes no ha terminado. Empieza.

Simón Beauregard.

DIARIO DE UN BUZO

Sábado. Escribimos bajo el agua. Esto, nos han dicho, parece achaque *surrealista*. Lo lamentamos, lo ignoramos.

Pero, a la verdad, las ondas con sus venablos de viento corren sobre nuestro sumergido ser, van de caza por el líquido coto, hasta que llegando a la monótona cita de la playa, unas tras otras, desmontan, se apean.

Nosotros, inmersos, vemos todo en perspectiva insólita. Es ver no hondamente sino desde lo hondo, desde un ángulo por donde, en general, las cosas no aguardan la mirada y no ofrecen resistencias mímicas: simetrías, rasgos, perfiles. Es ver en barroca vertical, sin pedir audiencia a los rostros. Es ver en fluída imagen las formas: la informe tentación de masa de las formas.

Nos hacemos la ilusión de ahondar, bien que seamos nosotros los únicos ahondados. Así nos ocurre como al que mira por las troneras de un sótano el desfile de la calle. Al pronto, con la triunfante avidez del hombre invisible, se divertirá calando con el punzón de su vista las entretelas transeúntes. Mas, en seguida, el curioso impertinente cae en la cuenta de que su indiscreción ha sido relativa.

Porque no se describe el mundo por abajo, desde un sótano. (Y mientras, en los bajos del alma hinca su lívido diente la misantropía).

Mejor, sí, salir al sol del bullicio, andar con los mejores —los iguales— en andanzas de vida civil, de aventura con norma.

—Volvamos, volvamos nosotros al leve pabellón de ondas, buzos mal dormidos, sin escafandro, que buceamos al revés: no perlas y hechizos entre algas sepultados, sino que, más bonzos que buzos, plácidamente, sin agotar el aliento, atendemos a cuanto por la superficie rasga, brilla y pasa.

Negación del que otea, del que administra sus ojos desde cierta altura.

Martes. Ha franqueado las puertas de nuestro acuátil paradero, un gran formulador de los lugares comunes que *prosperan*. Tiene pusilanimidad de corsa, lo que no le empece dar suelta a un fanatismo de inclinación optimista, que resbala sin sosiego por el tobogán de los juicios convencionales.

Y nos ha hablado de Bolivia. Desde luego, con él hemos coincidido en repetir los lugares comunes necesarios para instalarse en el tema.

—Esta *revolución* despide olor a estaño. Son frondas que el estaño, como el olifante a los parques del soneto de Banchs, hace sonoras. Y minas con mal genio magnético. Porque el estaño se transforma en oro. El oro es como la mariposa que vuela del estaño. Y en Bolivia se queda la oruga.

Pero a nuestro huésped, estas pobres metáforas le cargaban como si fueran paradojas. Por eso, nos llevó sin demora al terreno de las afirmaciones concretas.

—Claro, se trata de un episodio más de la buena vecindad, el mismo que aquí, distancias guardadas, hubo de suceder el año pasado. Si no que lo digan ciertas perversas nostalgias.

¿Confesaremos que al oírlo tan antimelifluo, esta vez le hicimos gracia de displicencias? Porque a no dudarlo: lo peor era que tenía razón.

Ya solos, en el curso del día no hemos podido desentendernos de la terrible proximidad a que se halla de lo nuestro el caso de Bolivia. Por encima de cualquier servidumbre instrumental, de cualquier inmediata relación de causa a efecto, la suerte de aquel país se nos representaba con peligrosa propensión genérica, con trazos de prehistórica estolidez. Estolidez americana para el vivir en sociedad nacional, para lo nacional. Echada sobre el paisaje de América una fiera taciturna asecha la convivencia y el orden. Hasta que todo sea desierto o geografía diseñada por distantes dueños.

A modo de acto de fe nos hemos dicho: aquí también la fiera existe. Pero, como los instintos en la criatura racional, rendida a nuestra libre determinación. Hemos vencido a la naturaleza por gracia de una trayectoria de nación.

¡Mas qué constante alerta, qué incesante empeño así reclama la vida de nación! ¡qué esfuerzo exige el presentar la excepción a la regla! ¡qué pulcra y hermosa debes de ser Nación Argentina, para que se te admire tan singular y distinta, para que sobre ti no prevalezca el oro ni el odio, la íntima dislocación!

Macilenta como una furia, ahora Bolivia levanta el puño sobre la altiplanicie de su torso cósmico. Hay que describir lo de Bolivia a la sombra de las cuevas de Altamira. Pero, en lo que al símbolo de primitivismo, atañe, las cuevas de Altamira, las sombrías espeluncas, si se repara bien, reaparecen en sazón de moda universal.

¡Levante el puño el bisonte! ¡Arriba el rojo bisonte que pace por doquier en las praderas, tibias de rocío y de sol, entre las jóvenes ruinas de la guerra y las vetustas ruinas de los siglos! ¡Suba, suba a los mayoritarios, gregarios altares!

Miércoles. Este *diario* personal se lleva sobre temas muy distantes de la intimidad. Queremos decir mejor, ajenos a los trances íntimos. Son temas, al contrario, de la vida exterior que despiertan el interés que los refleja como una fuente que mana, despierta la inspiración, o lo que al pronto de inspiración, se viste, del artista.

Naturalmente un *diario* semejante, se arrebola —en la ficción no puede menos— con cierto carmín de prosa, si recatada, indiscreta, tal cual sucede también con las memorias y las epistolares expansiones, linajes todos aledaños en las letras. Todos ellos, en efecto, segregan análoga afición al monólogo.

¿Cómo, pues, si partimos ya de una ficción, si este no es un *diario* que se escribe para guardarse, para después, si este *diario*, no bien se redacta, se publica, se entrega, cómo obviar entonces el escollo del monólogo?

¿Cómo hablar sólo, esto es, sin sentido de la comunicación, ante un auditorio que, por serlo, quiere ver fijos en él los ojos del autor de manera que el diálogo estalle tácito, de manera que el *vis a vis* cordial se establezca diáfano, elocuente y rotundo?

No acertamos hoy a avanzar la respuesta. Detengámosla. El comedido, en todo caso, será el respetable público. El comedido que explore, que busque en el monólogo, no la sustancia marchita de las confesiones, sino la diluída esencia de los más formales diálogos.

Jueves. "Hay algunos que se entretienen con las cosas, dice Nietzche, como si fueran policías; otros como confesores; otros como viajeros y curiosos". De estos últimos quisiéramos ser. *Diletantes* objetivos, literalmente. Y dirigirnos a los cosas sin ningún oficio que nos recomiende, sólo con ánimo y astucia de buenos jugadores. Porque, como el amor, las cosas abruman a quien se acerque a ellas para entretenerse. Antes hay que comenzar por detenerse. Pero detenerse no equivale a prestarles atención sino a entregarles todas nuestras potencias de sujeto, aun a riesgo de extraviarlas. Esta es la ley del juego. Del juego ardido que confunde lo amado en el amante.

Sansoyo.





